

LA INTERPRETACION EXISTENCIAL DEL ESTADO EN HEIDEGGER

EN la vida colectiva cabe también la consideración existencial. Heidegger mismo la ha aplicado a la interpretación de lo histórico y de la Historia. Pero sólo de pasada, y en relación a la obra de arte, aparece una alusión a la estructura del Estado. Figura en la conferencia *Sobre el origen de la obra de arte*, dada en Francfort, en diciembre de 1936. Dicha conferencia no ha sido publicada, pero hay una amplia recensión de ella en la obra *La Filosofía de Martin Heidegger*, de A. de Waehlens, quien dice haber leído el texto íntegro proporcionado por el discípulo de Heidegger, Eugenio Fink (1).

Sabido es que la obra de arte para Heidegger es la única patentización reveladora del existente en sí, ya que la inteligibilidad dada a los existentes por el *Dasein* al construir: el

(1) Traduc. por el R. P. Ramón Ceñal, S. J.—C. S. de I. C. Instituto «Luis Vives» de Filosofía. Madrid, 1945 (págs. 283 y 291). La referencia abarca de la pág. 291 a la 300. De Waehlens da dos títulos de la conferencia: uno, *Vom Wesen des Kunstwerkes*, y otro, *Vom Ursprung des Kunstwerkes*. La divergencia no es, sin embargo, fundamental, si se repara en que ese «brote primigenio» denota la esencia.

Cuando se leyó la conferencia hizo una referencia a ella A. Sternberger, en *Frankfurter Zeitung* (8-12-1936). Y poco después otra Max Müller, en la revista *Dichtung und Volkstum* (1937) (ver de Waehlens, página 291, nota citada). La escasez de referencias, y la no publicación de la conferencia, ha hecho que este punto de la doctrina heideggeriana haya sido poco tocado. Que yo sepa, dada la dificultad actual de agotar toda la bibliografía, sólo pueden referirse indirectamente al tema dos obras: una, de K. Löwith (*Das Individuum in der Rolle Mitmenschen*. München. Drei Marken Verlag, 1928) y Antonio Caso (*La persona humana y el Estado totalitario*. Capítulo «Acidia»).

mundo e integrarlos en él, nos da su *sér*, pero no su *existir*. Este queda fuera, hostil e impenetrable, salvo el sentido que su *sér* le presta. En el primer ciclo del pensamiento heideggeriano no se pasa de aquí, es decir, en las cuatro elaboraciones que suponen *El ser y el tiempo*, *Kant y el problema de la metafísica*, *Sobre la esencia del fundamento* y *¿Qué es metafísica?*

Es en el segundo ciclo en que tal pensamiento ha sido des-
 envuelto —esto es, en *Hölderling o la esencia de la poesía*, y *Sobre el origen de la obra de arte*— donde se sobrepasa esa rígida frontera y se piensa que la palabra auténtica que es la poesía y el arranque de la obra de arte desvelan y revelan el existente.

Cierto que en estrechos límites. La palabra que «nombra» lo existente y la «obra» que muestra los secretos de la Tierra, no arrancan los existentes para incluirlos en el mundo de la clara intelegibilidad. Los materiales de la obra de arte son *prestados* por la Tierra, pero en la obra realizada y concreta, en su *heccidad*, el mundo y la Tierra se unen y revelan. Revelan, si se quiere, su oscuridad fundamental, su esencial *ce-razón*, pero es la única manera de llegar al existente, por la lucha creadora.

En la *obra de arte* «encarna» la verdad conquistada. Mas no sólo en ella. En cualquier otra obra creadora, como la del pensador y la del político, hay una conquista de la verdad del existente. También «el forjador de Estados —transcribo literalmente a de Waehlens— pone frente a frente las fuerzas ciegas y brutas de la evolución de los pueblos, con una forma intelegible, que intenta imponerles. De este conflicto nace un estado y una verdad política, *obra* por la cual y en la cual se manifiestan y revelan como en un relámpago —y por el tiempo del relámpago— las fuerzas oscuras e indómitas de un pueblo o de una raza» (2).

Salvando la exactitud de la referencia, el pensamiento es claro. Podría decirse que la intelegibilidad en que los «útiles» entran al ser interpretados y constituir un mundo, no es exactamente una «forma» que impone el *Dasein*, al modo kantia-

(2) *Obra citada*, pág. 299.

no. Pero esto es accidental para la esencia del pensamiento. Se comprende bien que Heidegger ve el Estado como dación de ser a esos existentes colectivos que son las agrupaciones humanas. Las agrupaciones están ahí; el político no las crea. Pero sin su intervención son masa, horda, es decir, un montón de existentes (3) —sean o no enojados, como dice Sastre— sin ser, ininteligibles (4). La creación política engendra una obra —el Estado— mediante la cual se nos revela de modo inteligible la fuerza de los pueblos informados. La metáfora del relámpago contribuye a dar la impresión de lo que hay en tal revelación de súbito y de instantáneo, así como de parcial. En la tempestad nocturna el mundo visible está latente, sumergido en el rumor. El relámpago lo ilumina instantánea, fugaz y parcialmente: un tejado y su contorno, una torre, unos árboles, las sierras lejanas, un encrespamiento de nubes. La revelación puede ser intensa, vivísima. Pero lo revelado no pertenece al mundo de la luz. Las tejas, las piedras, los vegetales, las nubes son arrancadas a la Tierra, al primigenio fondo oscuro de la existencia, adonde vuelven cuando la iluminación cesa. Así, los creadores políticos relampaguean sobre la humanidad, y a la luz de sus creaciones se nos revelan las fuerzas oscuras de los pueblos organizados en Estado. Pero esa luz, que dota de ser a las masas humanas informes, no iluminan de una vez a toda la humanidad, sino a esas zonas suyas que son ciertas agrupa-

(3) En sentido estricto, *existente*, en la doctrina de Heidegger, sólo puede decirse del *Dasein*, porque *ex-sistir* es *estar puesto fuera de la nada, en la iluminación (Lichtung) o despejo del ser*. Así, resulta diáfana la conocida frase: «La «esencia» del *Dasein* es su existencia». El *Seiende* no es existente, sino *ente*, presencia bruta. Así se desprende de las aclaraciones aportadas por los últimos escritos de Heidegger: la Conferencia *Sobre la esencia de la verdad* (trad. portuguesa en «Rumo», julio de 1946, Lisboa) y la *Carta sobre el Humanismo* (trad. en «Realidad», enero de 1948, Buenos Aires). Habría, pues, que distinguir entre la revelación de la «entidad» del ente y la «existencia» del existente en las creaciones humanas.

(4) Ante la ininteligibilidad surge el choque, la hostilidad y enojo, cuya experiencia recoge Sastre en *La Nausée* y en *A puerta cerrada*. Para Heidegger, la *solicitud* (*Fürsorge*) hacia el prójimo, como forma del *cuidado* (*Sorge*), puede ser positiva, indiferente o negativa.

ciones humanas. Obra, pues, parcialmente, como obran también el poeta y el artista en sus creaciones. Y no obra de modo permanente, sino transitorio. En comparación con la indefinición de los tiempos, su duración es la de un relámpago.

Directamente no se nos dice más. Pero, conociendo la doctrina de Heidegger, puede perfilarse el concepto, ampliarse, interpretarse y criticarse.

Para el filósofo alemán cada hombre concreto está arrojado en este mundo y tiene como posibilidad radical la muerte: absoluta finitud y falta de real trascendencia, aunque hable de tres maneras de trascenderse. También el existente colectivo, aun en el caso de no reducirlo a la suma de los existentes individuales, habría que considerarlo arrojado y por todas partes radicalmente finito. Pero hagamos una aclaración. La existencia lo es de cada uno, existe el *Dasein*, con su propia *haecceitas*. Parece que un existente colectivo ha de quedar excluido. Pero cada *Dasein* no existe aislado, sino que es «sér-con-otro», *Mitsein*. La forma que la preocupación, constitutiva del *Dasein*, reviste hacia los otros existentes individuales es la solicitud, sea en forma positiva, indiferente o negativa. Tal relación determina la *convivencia*. Pero no es más que una relación informe, mientras no se estructura políticamente.

Ahora bien, de las ideas expuestas sobre el Estado como obra reveladora, se desprende que la realidad misma de la *convivencia* surge de los existentes mismos y constituye el modo de sér-real y diferencial de los grupos humanos. Los pueblos no son existentes del mismo tipo que cada hombre individualmente considerado, ni tampoco suma de hombres individuales, sino agrupaciones determinadas por su modo natural de *convivencia*, que antes de estructurarse en cualquier forma de Estado, por primitiva que ésta sea, no se manifestaría sino como inclinaciones, impulsos a convivir, a desarrollarse la natural *solicitud*, esto es, fuerzas oscuras de la sangre, fondo del Estado.

En consecuencia, la manera de dar sér a esas fuerzas no sería absolutamente indeterminada. El político creador habrá de contar con ellas para cumplir acertada y eficazmente su obra. Lo mismo le ocurre al artista que ha de trabajar de forma diferente el bronce, la piedra o el mármol, o ha de manejar di-

ferentes sonidos y colores. Y también el poeta tiene que contar con el idioma que maneja y con sus posibilidades musicales y expresivas.

A esta limitación, impuesta por la masa humana manejada, hay que añadir otra, impuesta por las circunstancias históricas y que también afecta a la creación poética y artística, pues el hombre creador es siempre un sér temporal, viviendo en un tiempo y lugar determinados. La limitación histórica condicionará al político creador la forma concreta que ha de dar a la estructura política de un pueblo en la época de su creación. Lo más frecuente es que el político maneje pueblos ya políticamente estructurados, pero en formas ineficaces, impropias o inauténticas. La impropiedad o inautenticidad proviene de que el sér del Estado no expresa la situación original, la articulación del pueblo al mundo que con él se constituye. Recuérdese que la forma de vida auténtica del *Dasein* supone la toma de conciencia de esa situación original, que para Heidegger es la asunción silenciosa y angustiada de la radical culpabilidad del hombre, esto es, de su irremediable finitud. El silencio, o la palabra auténtica, que es la poesía, o la creación artística, expresan tal interpretación.

Debemos observar —y esto es lo que puede dar universalidad a estas reflexiones sobre la interpretación existencial del Estado— que aun fuera de la doctrina heideggeriana y no admitiendo que la verdadera interpretación de la situación original humana sea la suya, lo expuesto sigue siendo válido en otro plano.

En efecto, si hacemos las preguntas que silencia Heidegger, sobre quién arroja y qué hay más allá de la muerte y abrimos la puerta, por ambos lados, a lo trascendente, no pierde validez la afirmación de que la autenticidad de una obra reveladora exige una toma de conciencia de la situación original. Sólo que, con la admisión de la trascendencia, esa situación cambia. El hombre está, en ella, articulado como sér contingente a un mundo contingente, pero cuya finitud está trascendida y sostenida por el Sér Necesario.

El Estado supondrá siempre para su validez esta situación general del hombre, pues él de suyo es una pura realización tem-

poral; mas los hombres que lo constituyen y para cuyo servicio se constituyen tienen un fin sobrenatural cuyo cumplimiento el Estado no puede estorbar, sino ayudar a que se cumpla.

Pero, además, el Estado como pura realización temporal, está enmarcado en un tiempo histórico, y el realizador político ha de tomar también conciencia de esta articulación temporal histórica de su creación con un mundo históricamente determinado.

Pero la asunción de esta situación histórica no puede lograrse teniendo sólo en cuenta el presente, pues el tiempo sólo se constituye por la unidad de los tres «éxtasis». El político tomará conciencia de su situación histórica preveyendo el futuro y asumiendo el pasado, de manera que pueda advertirse claramente el presente del pueblo que políticamente haya de estructurarse. Esta claridad exige un conocimiento del modo de ser de ese pueblo en el pasado, lo que se manifiesta principalmente observando sus obras, sus reacciones ante la vida histórica, el papel que ha cumplido; en suma, su *tradición*. Y por otra parte, exige, igualmente, una idea clara de su proyección en el futuro, de cómo ha de mantener su sér tradicional, del ideal que le mueva y de la obra que debe cumplir. Así se determina su destino «universal» en el conjunto histórico de los pueblos, esto es, lo que designó José Antonio como «unidad de destino en lo universal» (5). Disparado del profundo

(5) *Discursos parlamentarios* (4-1-34). En otros muchos lugares José Antonio anticipa ideas, más o menos claramente entrevistas, y desde luego sin intención sistemática, que coinciden con las aquí expuestas. Su concepto de «pueblo» como «una integridad de destino de esfuerzo, de sacrificio y de lucha que ha de mirarse entera y que entera avanza en la historia y entera ha de seguirse». (Dis. Par., 19-12-33), así como su idea de que la nación es «en la convivencia de lo universal lo que no son las otras» (de *¿Euzkadi libre?*) y su consideración de ella como «fundación», con término muy grato a Heidegger, son otros tantos puntos de coincidencia. Igualmente puede tomarse en consideración su contraposición entre lo espontáneo y lo histórico, en frases como «La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico». (*Discurso de Valladolid*, 4-3-34), o bien, «toda existencia humana —de individuo o de pueblo— es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil» (*Ensayo sobre el Nacionalismo*), contra-

pasado al sombrío futuro, disparado de sombra a sombra, los pueblos son flechas en vuelo, que exigen no ser desviadas para dar en su blanco. Los hombres vivimos un breve giro de ese trayecto y debemos tener conciencia de su dirección, si queremos que nuestras realizaciones sean auténticas y eficaces.

El Estado auténtico de un pueblo, en una época, permitirá el despliegue de sus posibilidades auténticas, con clara conciencia de sí y de los demás Estados, así como de su momento. El Estado inauténtico conduce a la ineficacia o a la vida gregaria del Estado fluctuante, arrastrado en el «se» colectivo, en el anonimato histórico.

Aunque, posiblemente, siempre se darán Estados gregarios, como se dan hombres gregarios, es misión del político creador sacar de este anonimato a su pueblo, dotándole de la adecuada estructura política. Sólo así se revelarán las fuerzas que animan a ese pueblo, descubriendo su existencia.

De donde se sigue que entre las posibilidades del hombre concreto, o *Dasein*, figura la de poder revelar por sus obras creadoras lo existente, lo que él no hace ni engendra. Así se

posición que para José Antonio representa la pugna entre lo romántico y lo clásico, el sentimiento y la inteligencia. De lo expuesto aquí se sigue que lo espontáneo es el conjunto de fuerzas primigenias, sin estructurar políticamente, y lo difícil o histórico es la consecución de esta estructura. La visión aquélla concuerda con este pensamiento.

En otros escritos que pugnan por encontrar el sér de España y la estructura del Estado español, hallamos anticipaciones análogas. Así, en el *Manifiesto político de La Conquista del Estado*, puede leerse: «La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España —el Estado y el pueblo españoles— vive desde hace casi tres siglos en *perpetua fuga de sí misma*, desleal para con los peculiares valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en los lindes mismos de la descomposición histórica». Esa «fuga de sí» es lo contrario de *Estado auténtico*, que es la toma de conciencia de sí y con ella del mundo. Y por lo que respecta a la asunción de la tradición, se dice: «Nos hacemos responsables de la historia de España, aceptando el peculiarísimo *substrato nacional* de nuestro pueblo». Ese «substrato» es la fuerza primigenia que se revela en el sér del Estado como existente. Los textos podrían, sin duda, multiplicarse.

llega a una verdadera trascendencia. Nótese, sin embargo, que esto no supone una trascendencia que apunte necesariamente a un Dios personal. Puede tratarse —y esto parece en el caso de Heidegger— de un panteísmo. Se llega al fondo primigenio y oscuro, a la Tierra, según su expresión. Pero, a mi entender, justamente con ello queda o puede quedar rebasado el panteísmo, pues esa Tierra que se revela aparece en el horizonte de la temporalidad, y, por tanto, de la contingencia. Pero es manifiesto que la revelación del sér contingente es, a un tiempo, la del Sér Necesario, esto es, que la contingencia queda trascendida —y Santo Tomás insistió sobre esto— en su propia revelación, ya que exige ser mantenida en el sér por la necesidad. Es lo que expresa poéticamente Calderón en *El pintor d su deshonra*:

¿Quién eres,
Pintor, de tanto poder,
que, dando sér al no sér,
diciendo a voces estás
que eres más y vales más,
pues muestra el Sér que mantienes
que Tú de nadie le tienes
pues a todos se lo das? (6)

Si la patencia de la omnitud del ente, que Heidegger admite en ciertos templos de ánimo (7), como en otros la potencia de la nada, supone un modo de trascenderse el *Dasein*, aún más claro aparece esta trascendencia en la revelación del existente, que no sólo del sér. Por donde en la creación poética, artística y política queda superada la inmanencia existencial, y, al quedar superada, nos manifiesta la realidad del Existente Necesario en el existente contingente, elevándose, así, sobre la doctrina existencial de donde partimos.

Teniendo en cuenta esta superación, el Estado auténtico podría ser definido como *la realización del sér de un pueblo, que revela su destino, en relación con el destino sobrenatural*

(6) Pando, I, 377-378.

(7) Así, en el *aburrimiento* y la *alegría*. Véase *¿Qué es Metafísica?* Versión de X. Zubiri. Ed. Séneca. México, 1941 (págs. 30-32).

del hombre. El destino temporal y el intemporal quedan vinculados en la auténtica realización política con lo que se excede el servicio a la Tierra, que podía implicar la pura temporalidad.

En la interpretación heideggeriana la vida auténtica *sub specie mortis* impone, a los pocos que la viven, un limpio juego, sin trascendencia. El fondo sustentador de este juego es la más profunda verdad que su destino natural y sobrenatural le impone al hombre. De la determinación natural humana a vivir socialmente surge la necesidad de una estructura política a la que sólo da forma auténtica el verdadero político creador. La obra resultante de esta creación, el Estado, permite asumir la situación natural e histórica de un pueblo y revelarnos sus fuerzas y su misión. Con lo cual, al hacérsele a este pueblo claro su propio sér y destino, se le revelan, en relación, la naturaleza y destino de los otros pueblos, y queda constituido su mundo político al constituirse a sí mismo, o dicho en lenguaje heideggeriano, se «asimismo» (8), se toma en su pureza y en su concreta verdad.

Profundizando aún más, podemos decir que el Estado auténtico asienta al hombre individual y colectivamente sobre su *transfondo* —eso que traduciendo a Heidegger se ha llamado «abisalidad» o fondo último del *Dasein*— que, ciertamente, se encuentra profundizado en sí mismo, en su propio sér y destino hasta tocar la existencia viva. Pero como este sér y destino de sí está mantenido por el Existente Necesario, el fundamento inmanente se abisma en el trascendente, no despeñándose en él, sino encontrando el fondo o transfondo de su abisalidad, su inmutable base.

EUGENIO FRUTOS

(8) Corresponde al alemán *Selbstheit* y adoptó la traducción de J. David García Bacca, explicada en el *Vocabulario* que acompaña su traducción de Hölderling y *la esencia de la poesía*, seguida de la *Esencia del Fundamento*. Arbol. Ed. Séneca, México, 1944. (Véase *Vocabulario*, 18, págs. 159-160.)